

Leopoldo Abadía

- Doctor ingeniero industrial
- Profesor del Instituto de Estudios Superiores de la Empresa durante más de 30 años
- 12 hijos, 49 nietos, 3 bisnietos y uno en camino

La familia es lo único

89

años de vida; 64 de ellos casado con **Elena**, una esposa maravillosa; 12 hijos; 49 nietos; 3 bisnietos y uno en camino. 80 de familia directa. Los números vitales de **Leopoldo Abadía** son difícilmente mejorables. De hecho, ni siquiera el patriarca **Jacob** bajó a Egipto con tanta familia. Devoto de la Virgen del Pilar, va a misa «porque mis padres me enseñaron a ir a misa». Dice que «la familia es el lugar al que siempre se vuelve». Su carrera profesional también está cuajada de éxitos, especialmente, desde su *best seller* *La crisis ninja*, un libro que explica en tono ameno y sencillo el origen de la crisis financiera de 2008. Con sus nietos habla por *WhatsApp* en un grupo que se llama «El ninja y sus chavales» y se maneja estupendamente en las procelosas aguas de las nuevas tecnologías. Se confiesa optimista pero no ingenuo: «El optimismo consiste en luchar con uñas y dientes para salir adelante ante una situación concreta».

—Si me lo permite, empecemos por el principio. Usted es de una generación que vivió una circunstancia muy precisa que es la posguerra. ¿Cómo le ha forjado vivir en esos tiempos?

—Mi mujer suele decir que hace falta una posguerra. Yo le digo que para que haya una posguerra tiene que haber una guerra, con lo cual, mejor que no. Nos dicen que éramos muy austeros, claro, por ejemplo, en factura de teléfono móvil no gastá-

bamos nada. Éramos austeros por obligación. Yo nací en el 1933 y soy hijo único, imagínate cómo ha cambiado mi vida. La guerra fue de 1936 a 1939, lo que significa que prácticamente yo no me enteré. Aunque tengo algunos recuerdos nítidos. Por ejemplo, cuando pasaban los aviones para bombardear Zaragoza. Entonces sonaba una sirena y mi padre inmediatamente me subía a caballo mientras bajaba hacia al sótano donde había un refugio. Bajábamos cantando. Lo recuerdo perfectamente y recuerdo igualmente bien el refugio donde cabíamos unos 20 o 30 y estaba preparado con camas. Y yo me lo pasaba muy bien, bajaba feliz. Hay quien me ha dicho que era algo así como la trama de la película *La vida es bella* donde un padre se inventa un juego con su hijo para que no se dé cuenta de que están en un campo de concentración. Así no me enteré de la guerra, es decir, no tengo recuerdos horribles de la guerra. Claro que había escasez, vivíamos en plena escasez sin darnos cuenta de que vivíamos en escasez. Por ejemplo. Había un puré que se llamaba farinetas. A día de hoy todavía las huelo. No me gustaban mucho, pero alimentaban. «Esta noche farinetas», decían en casa. Y yo, pues tan feliz. Fuimos una generación que tuvimos poco. Recuerdo también el día que se acabó la guerra, 1 de abril de 1939. Recuerdo a mi madre y a dos tías mías tomándose un chupito de anís *Marie Brizard* para celebrarlo. Todo eso seguramente tuvo su efecto. En resumen, entonces éramos austeros por obligación. Hoy también hemos de ser austeros, aunque nos cueste más. Entonces no teníamos otra opción que ser austeros. Queremos tener y como la oferta es muy buena y variada. Ser austero en aquella época era más fácil. Ahora creo que es obligatorio ser austero, aunque sea más difícil.

Recuerdo además que éramos capaces de encontrarle a todo su parte cómica. ¿Sabe que la aviación bombardeó la basílica del Pilar? Tiraron 3 bombas y ninguna explotó. Allí en el templo hay dos. La tercera la desmontó mi suegro en un taller. Siempre nos lo contaba así: «desmontamos la bomba, la llevamos al taller, la copiamos y gracias a eso liberamos

«Voy a misa, aunque muchas veces, sinceramente, no me apetece!»

al norte». La cuestión es que esa frase se ha hecho famosa en casa y todavía la usamos. Cuando alguien cuenta que ha hecho algo, al final siempre añade «y gracias a eso liberamos al norte». Hasta de eso, de una bomba que podría haber tenido consecuencias terribles, hemos hecho una gracia en nuestra casa. Y no pasa nada.

—Me remite esto al título de su último libro, *Sonriendo bajo la crisis*. Sin caer en la ingenuidad, ¿sonreír es clave en todas las circunstancias de la vida?

—Como en todo, hay que hacer un esfuerzo porque nadie te regala nada. Que sonriamos tú y yo ahora no tiene ningún mérito. La cuestión es sonreír cuando tienes enfrente un problema o un agobio. En estos últimos dos años de pandemia la cosa ha estado muy fea. Se contabilizan más de 90.000 muertos a causa del coronavirus. Estamos viviendo una crisis sanitaria; una crisis económica porque se tuvo que cerrar todo y si cierras todo no comes; y una crisis psicológica. Me contaba una profesional del tema, una psicoterapeuta, que calcula que se ha incrementado cerca del 40% el número de pacientes que atiende. Es decir, estamos ante una crisis de muchos tipos y muy gorda. En estas circunstancias, si alguien nos pide sonreír lo lógico es que la respuesta que nos venga a la mente sea: «Va a sonreír tu padre». Yo siempre digo y sostengo que hay que ser optimista. Y tengo una definición de optimismo, que no implica que no pase nada —porque lo que pasa es tremendo—. Lo que digo es que el optimismo consiste en luchar con uñas y dientes para salir adelante ante una situación concreta. Sabemos que hay miles de muertos por la pandemia, y es algo realmente

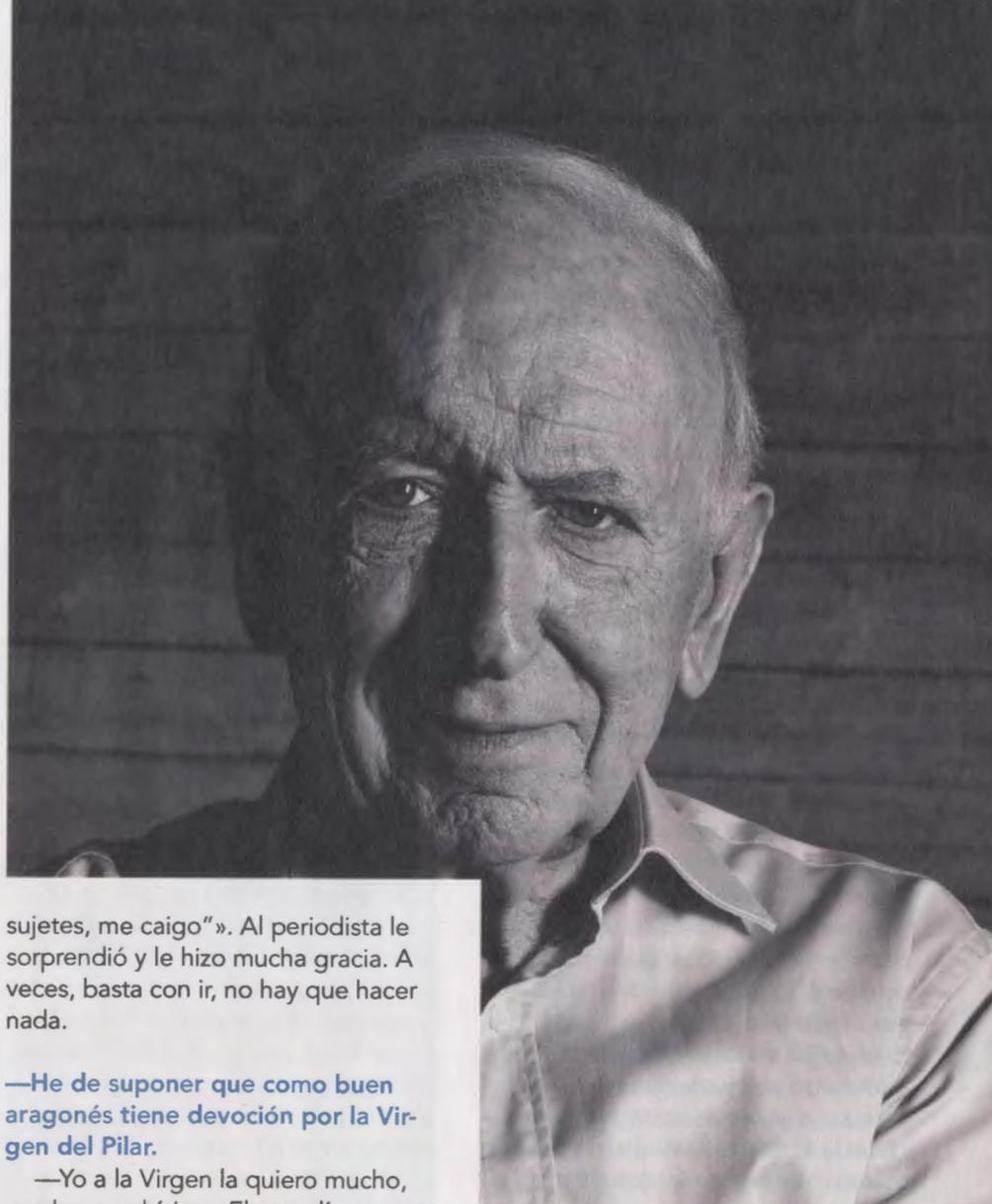
horroroso, pero tenemos que dejar de hablar de ello, aunque sea un rato porque no conduce a nada. Yo, por ejemplo, enciendo poco la tele porque si me ponen vídeos de UCIS y hospitales... Poco o nada puedo hacer por esas personas enfermas, solo rezar por ellas. Y es algo que ya hago sin necesidad de encender la televisión. Rezo ya por esas personas sin necesidad de pasar un mal rato. Creo que estamos en un momento en el que todos tenemos que hacer un esfuerzo para no hablar del monote-ma, teniendo siempre mucho cuidado y sin hacer el tonto. Pero hay que intentar que nadie se agobie y hacer una vida normal en la medida de lo posible.

—Los mayores, como usted, lo han pasado especialmente mal.

—Es cierto, pero he de decir que esta psicoterapeuta de la que te hablaba me indicaba que de entre los que atiende, la mayoría son jóvenes. Algunos amigos míos han muerto. Eran mayores y algunos lo hicieron sin poder contar con la atención familiar. Es un drama. Los mayores lo han pasado muy mal, pero cuidado porque los jóvenes también. Por eso, en ese sentido, hay que echarle un poco de gracia a la vida y decir: «Bueno, vamos a no hablar de la pandemia durante un rato porque no conduce a nada». Solo nos hará caer en pensamientos del tipo «qué mal está todo».

—¿La fe le ayuda a echarle esa gracia a la vida?

—Claro, claro. Totalmente. Me ayuda a un 300 por 100. Si no creyera que hay algo más, pues abriría la ventana y me tiraría, cosa que no he pensado hacer nunca. Gracias a Dios, los que creemos tenemos una riqueza que les falta a los demás porque tenemos la suerte de que en casa nos han enseñado. Al echar la vista atrás, si voy a misa es porque mis padres me enseñaron a ir a misa. Nunca me obligaron. No me obligaron a nada. Voy a misa, ¡aunque muchas veces sinceramente no me apetece! Un día un periodista me preguntó que, dado que voy a misa todos los días, qué es lo que le digo a Dios. Yo le respondí: «Pues a veces le digo: "Mira, tengo un sueño terrible y como no me



sujetes, me caigo"». Al periodista le sorprendió y le hizo mucha gracia. A veces, basta con ir, no hay que hacer nada.

—He de suponer que como buen aragonés tiene devoción por la Virgen del Pilar.

—Yo a la Virgen la quiero mucho, mucho, muchísimo. El otro día comenté a un amigo mío: «Estaba pensando que igual quiero a la Virgen más que a Jesucristo». Y él me contestó: «En el Cielo deben estar los dos partiéndose de risa». Ya sé que hay que querer a Dios, lo sé. Pero la Virgen es la Madre y si ya bajo la advocación de la Virgen del Pilar... Porque la Virgen del Pilar no se apareció, vino, que es distinto. Vino en carne mortal. Y vino a ayudar al Apóstol Santiago porque por lo que se ve los aragoneses eran tan brutos que no le hacían el menor caso. Por eso vino la Virgen, para echarle una mano.

—Sé que esta pregunta se la habrán hecho muchas veces, pero ¿cómo se saca adelante a 12 hijos?

—¡De milagro!

—¿Con la ayuda de la Virgen del Pilar?

—¡Y de todos los santos!

Primero hay que decir que los 12 hijos, lógicamente, no vinieron a la vez. Hay que dejarlo claro. Los 12 hijos llegaron exactamente en 20 años. Mi mujer, cuando acabó de dar de mamar al pequeño me dijo: «Es la primera noche que he dormido del tirón en 20 años». Para que veas a quién tendrías que estar entrevistando.

Nos tratamos con mucho humor. Sabes eso de que en el noviazgo es conveniente hablar del número de hijos que se quieren tener. Pues mi mujer hace poco me dijo: «¿Te has dado cuenta de que no hemos hablado del número de hijos que queremos tener?». Me lo dijo como hace un mes. Yo le seguí la corriente y le pregunté: «¿quieres que lo hablemos?». Imagínate si ahora decimos que queremos 3 y tenemos que devolver 9, y con sus hijos. Los hijos fueron viniendo. Hemos tenido dificultades

económicas, todas las dificultades económicas. Pero he de reconocer que tampoco recuerdo haberlo pasado mal. Ha habido momentos complicados, claro. Cuando mi mujer estaba esperando un hijo, nunca nos planteábamos de dónde sacaríamos el dinero. Coincidió con una época en la que económicamente las cosas nos iban bien, no como para ahorrar nada, más bien para vivir al día. Los bancos además nos ayudaron mucho, no por altruismo claro. Hacíamos eso de pagar un crédito con otro crédito, pero nunca nos agobiamos. Hemos vivido bien. He ganado mucho dinero y se preguntará: «¿Dónde está todo ese dinero?». Pues le diré que ha pasado como el agua por los cantos rodados. Está en 12 colegios, 12 universidades y 10 masters. Cuando pagamos el último recibo del colegio de nuestro hijo pequeño, mi mujer me preguntó que cuántos recibos estimaba que habríamos pagado teniendo en cuenta que algunos repitieron curso, eso era gasto extra. Calculamos que habíamos pagado 1830 recibos. El último había sido de 40.000 pesetas. Multiplicado por el número de hijos nos dio un total de 72 millones de pesetas. Después hubo que pagar la universidad y ahí se nos irían otros tantos millones. ¿Dónde está el dinero que hemos ganado? En nuestros hijos.

—Sabe usted bien entonces que los hijos son un gasto importante desde el punto de vista económico.

—Sí, un gasto, pero gasto. Por eso, cuando se dice eso de que ahora no se pueden tener hijos, yo digo que, evidentemente, no se puede. ¡Pero es que nunca se ha podido porque siempre es un gasto! Pero si te fías de Dios es distinto. Y aquí tengo que aclarar algo. No es que como te fías de Dios te decides a tener hijos. Ahora lo veo como es: La prueba de que nos hemos fiado de Dios es que hemos tenido hijos.

—¿Por qué cree ahora que la gente no se decide a tener hijos?

—Creo que las razones son muchas. Hace años en el IESE, una escuela de negocios donde trabajé durante 35 años, vino a ofrecernos una sesión un experto que era cuñado del presidente Kennedy y que había

sido el primer director del *Peace Corps*. Le pregunté justamente por la cuestión de los hijos porque en países como EE.UU. había caído la natalidad. Él enumeraba varios factores entre los que incluyó el egoísmo. Y esto es algo a tener en cuenta. Y yo añadido que, si a la vida le quitas la fe... ni tienes hijos ni vas al cine.

—¿Cree que tiene que ver también con que lo del «espíritu de sacrificio» que requiere tener un hijo es algo que no se quiere asumir?

—Tenemos muchas necesidades que antes no teníamos. Y a ello se añade la mala situación económica, la pérdida de fe y el ambiente reinante, que tampoco es el mejor. Y ahora no tener hijos se ha convertido en algo normal. Sin embargo, yo siempre digo una cosa y es que cuando lo anormal se hace muchas veces, no se convierte en normal. Se convierte en anormal repetido muchas veces.

Refiriéndonos de nuevo al gasto que supone tener un hijo cuento esto. Mi mujer hace 10 años fue sometida a una operación muy seria a causa de un cáncer. La operaron en Pamplona y estuvimos en la ciudad los 3 meses de verano. Alquilamos incluso un piso allí. Éramos 70 de familia entonces, ahora somos 80. Pues los 70 fueron a ver a mi mujer al hospital. Hacían turnos para dormir con ella en la habitación. Hablando del gasto de los hijos, te diré que solo con lo que vivimos ese verano cualquier gasto fue totalmente amortizado. En realidad, somos ricos. No me gustaría pensar en si estuviéramos solos.

—¿Cómo se hace para lidiar con 80 de familia directa, es usted el mediador en los conflictos?

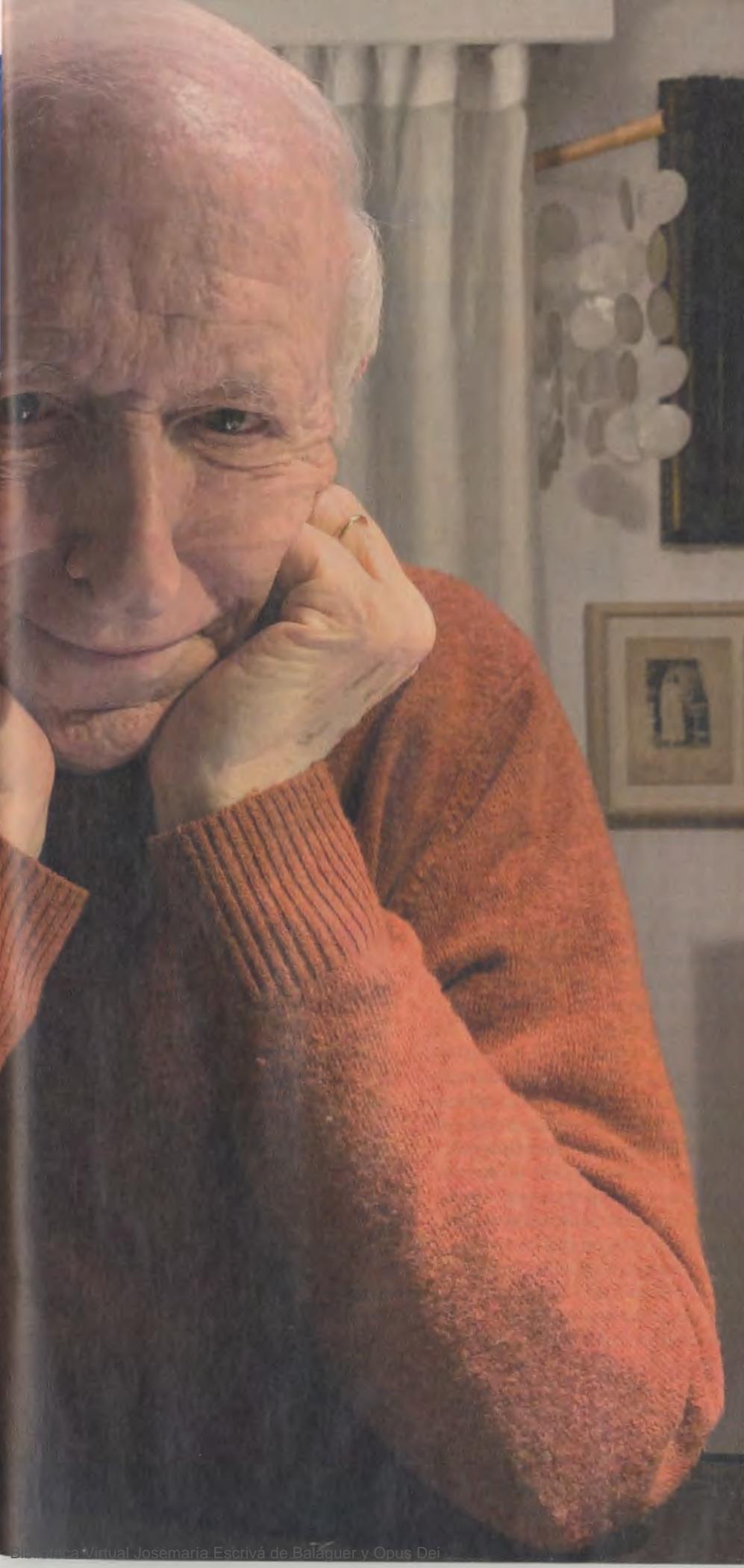
—Te podría contar 100, 200 o 300 anécdotas. Me ha pasado de todo. Es mi *know-how*. El otro día me reía porque leí que el Patriarca Jacob se marchó con toda su familia a Egipto. Toda su familia eran como 75. Cinco menos que mi familia. Le he perdido el respeto totalmente (Risas).

—¿Qué consejos tiene para las familias y los matrimonios?

—Primero quererse mucho. Ciertamente es que cuando uno está recién casado se quiere de una manera y cuando



lleva 64 años casado, como nosotros, se quiere de una forma distinta. Pero la base es la misma, esto es, quererse mucho. Incluso sabiendo que con la edad se agría un poco el carácter, aguantas menos. Yo creo que a medida que te haces mayor quizá el egoísmo va creciendo porque claro, ¡yo no había sido viejo nunca! Y ahora, de repente, soy viejo. Por otro lado, respecto a la vida familiar, es natural que tenga más experiencia que mis hijos. Y digo esto porque creo que cuando hablamos con ellos nunca podemos empezar una frase con «en mi juventud» o «en mi época», porque mi época es esta. Me puede gustar otra época, pero Dios me ha puesto en esta. De lo contrario, me habría hecho vivir en tiempos de



Felipe II. Creo que hay que meterse en los zapatos de los hijos. Y si uno no puede meterse en esos zapatos, pues hay que callarse. Creo que hay que dejar hablar, escuchar y dar consejos muy de vez en cuando. Y de hacerlo, contar algo que ayude y, a poder ser, que no sea algo que nos pasó hace 40 años.

—**¿Eso lo aplica también con sus nietos hoy en día?**

—Pues creo que lo estoy haciendo con esta multitud de nietos sin haber querido, aunque pusimos una regla. Mi mujer, cuando nació el primero de nuestros nietos, tuvo un ataque de lucidez «profética» y dijo: «Como supongo que vendrán más nietos, tomad nota de que el abuelo y yo no vamos a ocuparnos de ellos. Si queréis iros a esquiar, pagáis una niñera y os vais. El abuelo y yo nunca estaremos para eso. Sin embargo, estaremos siempre para casos de emergencia». Es verdad que el concepto de emergencia ha cambiado y emergencia es bañar y dar de cenar a los nietos un día que los padres, ambos, llegan hechos polvo de trabajar a las 9 de la noche. Emergencia no es solo cuando los nietos están enfermos. Y ahora ya tengo nietos mayores que ya me han dado bisnietos incluso. Otros de mis 49 nietos ya empiezan a tener novia o novio y resulta que les gusta salir conmigo a desayunar. El otro día me llamó una nieta y me hizo una ilusión tremenda. Me dijo: «Mi novio viene mañana, ¿nos invitarías a desayunar?». Creo que engancho bien con ellos. Me llaman, me tienen en cuenta y me hace mucha ilusión. Tenemos un chat de *WhatsApp* que es «El ninja y sus chavales». Yo les suelo mandar las fechas de los aniversarios de la familia. He acertado con lo que ha dicho el Papa sin querer. A mi mujer, que está delicada, vienen a visitarla simplemente para pasar un rato, para charlar o para acompañarla. Y eso también me llena de ilusión.

—**Esa actitud es consecuencia de la educación que han recibido de sus padres que, a su vez, les han inculcado ustedes a sus hijos.**

—Sí, claro. Tengo la suerte de que los nietos me quieran lo que significa que sus padres los han querido a ellos

y que hay un ambiente de cariño en aquellas casas. Para ellos, la familia es el valor. No un valor importante para ellos. Es el valor. Mi hijo pequeño dice que nuestra casa familiar es un lugar al que se vuelve. Siempre se vuelve. Puede ser que la definición de la familia sea esa: el lugar al que siempre se vuelve.

—¿Es quizá algo que también se trabaja, porque no todas las familias son un lugar al que volver, por desgracia?

—Todo se tiene que trabajar en esta vida. No hay nada gratis. Yo he experimentado que una familia numerosa tiene muchos hijos propios y muchos que se apegan. Esta casa grande que tenemos aquí ha sido una casa por la que ha pasado todo el mundo. Tiene 22 camas y 7 baños. Encuentro a gente desconocida, ya mayor, que me dice, «yo he dormido en su casa». Y yo no sé ni cuándo ha pasado. Un día, por la tarde al salir de misa, nos conocimos a unos chavales con su mochila, que también habían estado en misa, y querían llegar a Montserrat. Era de noche, hacía frío y tenían 30 kilómetros por delante. Mi mujer les invitó a dormir en casa. Hicieron como que no querían, pero vinieron inmediatamente. Tenemos una habitación con camas plegables y les metimos allí. Les dimos de cenar jamón y unos huevos fritos. Al día siguiente, desayunaron, nos dejaron una nota y se fueron.

—**Todo hay que trabajárselo, pero vemos una educación que no promueve la cultura del esfuerzo. Ahora no va a haber en Cataluña ni suspenso ni aprobado, por ejemplo. ¿Qué pueden generar estas decisiones?**

—Pensando mal, el objetivo es destruir la sociedad. Manipular y manipular destruyendo. Vamos a hacer que los niños aprendan a no trabajar.

—¿Estamos creando una intolerancia al fracaso?

—La gente me dice: «Qué vida estupenda has llevado». Pero, claro, es que yo solo cuento lo bueno. Creo que hay que hacer esfuerzo en casa para educar a los hijos, porque a no trabajar la gente se acostumbra en-

«Mi hijo pequeño dice que nuestra casa familiar es un lugar al que se vuelve»

seguida. Y si no se aprende a trabajar no se sale adelante.

—**La familia es un gasto, pero, a la vez, es el motor económico de una sociedad, ¿por qué esto se destaca poco?**

—Creo que hay una campaña antifamilia clarísima, del mismo modo que hay un montaje antimujer. Hay un clima hostil hacia la familia y la mujer. Pensar que se considera que el triunfo de una mujer es poder abortar. Y quiero decir que me censuraron en otra entrevista. Dije que había 90.000 muertos por la pandemia desde que empezó. Pero es que por aborto contamos más 90.000 muertes al año. Hablamos de la pandemia, pero no consideramos esta otra realidad. La mujer, además de todo lo que hace el hombre, puede ser madre, lo que «complica» las cosas. Está la que no se juega su carrera profesional por unos hijos, pero ya verá cuando tenga una cierta edad. Y está la que tiene hijos. Mi mujer cuando nos conocimos estaba en cuarto de Medicina. Era algo muy notable en los años 50. Cuando me declaré me dijo que sí, pero que tenía que acabar la carrera antes de casarnos. Es decir, le quedaban 3 o 4 años de estudio. Al cabo de 15 días desde que le pedí casarnos me dijo que había dejado la carrera. Hay gente que le pregunta si no ha trabajado nunca. ¡Que a una madre de 12 hijos le digan que no trabaja! En definitiva, creo que hay que dar prestigio al ama de casa. Esa ama de casa forma a la nación. Por tanto, si forma a la nación está dando un servicio impagable a la nación.

—**No le robo más tiempo Leopoldo. Le felicito por esa familia estupenda. Es una obra maestra.**

—Es lo único. ●

Leopoldo Abadía



Nació en Zaragoza, en 1933. Es doctor ingeniero industrial y fue profesor del Instituto de Estudios Superiores de la Empresa durante más de 30 años. Su libro más reciente es *Sonriendo bajo la crisis: Claves para dar confianza a un mundo angustiado*. En él intenta ofrecer algunas claves de lectura para no perderse en el mundo postpandemia. Abadía comenzó a publicar con 75 años, una vocación a la literatura algo tardía, pero que le ha dado muchas alegrías. *La crisis ninja* y otros misterios de la economía actual, su primer libro, fue todo un superventas porque explica la crisis de las hipotecas basura de EE.UU., y cómo esta se extendió por el mundo, con un lenguaje preciso y claro, apto para profanos en la materia. Ahora cuenta con una docena de libros en el mercado con títulos tan ingeniosos como *¿Qué hace una persona como tú en una crisis como esta?*, *El economista esperanzado*, *La economía en 365 preguntas* o *Abuelos al borde de un ataque de nietos*.

Ángeles Conde

@AngyCnd